

No canta, que en llanto amargo,
Sobre el pecho la cabeza,
Ahoga tanta terneza
Un amoroso letargo.

«¿Por qué (dice desde el foso
El moro), bella cristiana,
Por qué me velas tirana
Ese rostro candoroso?»

La cristiana amada, en tanto,
Miraba y no le veía,
Sólo en el muro se oía
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,
El moro, desesperado,
A llamar iba ya osado
En el castillo del Conde.

III

Sobre alazán de Córdoba brioso,
Ceñido el cuerpo de la doble malla,
El Conde de Tendilla llega en tanto
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente
Se oye cuál crujen á compás sus armas,
A par que estrepitosas se derrumban
Entre espumas las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente,
Miró en el muro pálida á su hermana,
Y volviéndose al moro, amenazóle
Con la robusta lanza.

«¡Infiel al fin! Ya yo me lo sabía»,
Dijo el Conde entre sí, lleno de rabia;
Y alzó la voz después: «Mahometano,
¿Son éstas tus palabras?»

Si ya no eres cristiano, tu rodela
Y ese corcel apresta que descansa.
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.»

«¿Por qué el Conde cristiano me acome-
Si amor quitó la libertad al alma?» [te,
«Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.»

«Yo cristiano no soy, repuso el moro,
Yo no soy sino amor para tu hermana;
Mas ¿qué importa mi fe, ni la fe suya,
Si como yo me ama?»

Valladolid.—1836.

«No blasfemes, infiel; si en tu creencia
Tornaras á mirar estas murallas.....
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.»

IV

Marchó el Conde de Tendilla,
Y del torrente en la orilla
Aguardó.

¿Qué hace el moro, que injuriado
En la muralla apoyado
Se quedó?

¿Por qué el Conde le provoca
Con voz que al honor le toca
Y con furor,

Y el moro sombrío, en tanto,
Mostrando está con su llanto
Su dolor?

Errante su mirar vaga,
Y almete, rodela y daga
Lejos de él

Con ira arrojó demente,
Y así habló con voz doliente
El infiel:

«Adiós, hurí seductora,
Rosa de pensil cristiano;
Pues que por suerte traidora
Te pierdo agora,

Muere con tu Dios cristiano,
Yo moriré en mi fe mora.»
Y hacia el Conde, que le espera,
Rápida y firme carrera

Dirigió,
Y allá en el agua espumosa
La caída estrepitosa
Resonó.

V

Mientras la bella cristiana
En su gótica ventana
Exhala un ¡ay! de pavor,
Del agua allá en lo profundo
Lanza el moro en este mundo
El postrer ¡ay! de su amor.

À MARÍA

PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el Paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
Tú, flor del Paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.



POCO ME IMPORTA

CANCIÓN

Me dicen que medio mundo
Riñe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace;
Cada cual como más quiere
Vive y muere,
Y aunque algo extraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan extraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras,
Ni pesares ni disgustos
Me dan sustos,
Y aunque diz que surco á oscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso:
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo;
Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes á nadie doy,
Nadie á mí leyes me da;
Donde no gozo no voy,
Dónde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algún pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,
Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplín consumo,
Y cuando acabo con ella,
Cigarro y pesar son humo.
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz, que ¡vive Dios!
Esta vida, larga ó corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mis ojos,
Y dichosas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales,
Que una vida larga ó corta
Poco me importa.

Y ¿en qué entonces me aventaja
Ningún sultán con su opio?
Si á su alma el Edén se baja,
A mí me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
Su ámbar, su pipa y su vaso;
No hace caso
De sí mismo en su percha,
Y una vida larga ó corta
Poco le importa.

Y á mí el licor jerezano,
Del puro entre el humo azul,
Me hace igual al soberano
De la soberbia Stambul.
Y en el insomnio dichoso
De la embriaguez le tuteo,
Y me creo
Otro sultán poderoso,
Y como á él, la vida corta
Poco me importa.

¿Qué diablos va de él á mí?
Llévanle al harén eunucos
Á que la desuelle allí
Velado por mamelucos,
Y á mí me arrastra á mi lecho
Una mujer cariñosa,
Que afanosa
Se desvela en mi provecho,
Con quien la vida, por corta,
Poco me importa.

Él enamora á una esclava
Que hacia él sólo miedo abriga,
Y á mí de aplomarme acaba
Dulce beso de mi amiga;
Á él las caricias le roba
Su esclava durante el sueño,
Y mi dueño
Me vela en mi misma alcoba,
Porque mi vida, aunque corta,
Mucho le importa.

A él le hace el opio tal vez
Soñar con alguna hurí,
Y ver me hace una el Jerez
En cada mujer á mí;
Él reina en Constantinopla,
Y yo, misero coplero,
Cuando quiero
De él me río en una copla,
Y de su rabia, si aborta,
Poco me importa.

Y á él, opio excesivo acaso
Le hace ponzoña mortal
De su café, y le abre paso
A su sepulcro imperial,
Mientras yo, libre de afán,
Despierto al plácer mañana
Con más gana,
Y aunque reviente el sultán
Y deje á la Europa absorta,
Poco me importa.



HIMNO

á S. M. la Reina Doña Isabel II, en sus días.

(MÚSICA DEL MAESTRO IRADIER)

CORO

*El sol abre su oriente
Detrás de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en ti, Isabel.*

ESTROFA 1.^a

En pos de largos años de belicoso duelo
Tu cándida sonrisa nos vienes á mostrar
Cual muestra sus colores el iris en el cielo,
Cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.

CORO.—*El sol, etc.*

ESTROFA 2.^a

Tú, estrella de esperanza en nuestras sombras eres,
Tú, de mejores días apetecido sol,
Tú, el ángel que nos brinda la paz y los placeres,
Tú, escudo á cuyo amparo se acoge el español.

CORO.—*El sol, etc.*

ESTROFA 3.^a

Por ti nos olvidamos de la feroz pelea
De las sangrientas horas del tiempo que pasó,
Por ti tranquilo y solo nuestro pendón ondea,
Que ayer en dos jirones contrarios tremoló.

CORO.—*El sol, etc.*

ESTROFA 4.^a

Por él, de hoy más, osados con fe peharemos:
De hoy más, al campo unidos iremos detrás de él;
Bajo él, como españoles, con honra moriremos,
Los nombres invocando de España y de Isabel.

CORO

*El sol abre su oriente
Detrás de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en ti, Isabel.*



À D. Wenceslao Ayguals de Izeo.

EPÍSTOLA

(EN VERSO PROSAICO)

Tienes ¡oh Wenceslao! cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;
Y desdichas ¡ay Dios! tan hipérbolicas [yas
Traen para mí, que aunque de oirlas hu-
Te las voy á encajar, porque á mi antigua
Y cerril libertad me restituyas. [gua
¿Dónde habrá ¡oh caro Izeo! más ambi-
Situación que esta ruin en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigua?
¿Escribir en *La Risa* me propones
Y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!
¡A mí que en todas partes me han teni-
Por el buho más negro y melancólico [do
Que del furor romántico ha nacido!
¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan á un católico!
¿Yo hacer reír? ¡Pues la aprensión es
Con que te firme yo tu semanario [buena!
No queda al punto un suscriptor, y truena.
Mira lo que haces, Izeo temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.
Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.
Alíviame este peso que me abrumba
Renunciando á mis versos montaraces,
Que es lo que á entrambos nos conviene en
[suma.
Mas.... áspero mohín veo que me haces
Esto leyendo.... ¿En tu opinión te cierras?
No me resisto más, tengamos paces.

Escribiré en *La Risa*, pues te aferras
En ello, Ayguals; mas sobre ti los daños,
Que mis jovialidades desentierras.
Horrendas cosas escribí en cinco años;
Más nueva luz en mí desde hoy sintiendo,
De mano voy á dar á mis engaños.
Voy á reirme yo, reír haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.
Voy á hacerte reír, pero tus preces
Dirige al cielo, Ayguals, porque te juro
Que te voy á mostrar las desnudeces
De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro, [duro.
Que ha de entenderlo el montañés más
Y aqueste empeño para hacer más raro,
Por mí voy á empezar, ante tus ojos
Mostrándome cual soy bien sin reparo.
Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruin y flaca aparición barbuda;
Resultado es no más de tus antojos.
Contempla, pues, mi humanidad des-
[nuda,
Y piensa que cual yo te me presento
Voy á poner á los demás sin duda.
Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro,
Que corto andando, como naípe, el viento.
Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas á dos, mis piernas un milagro.
Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza
Como el diamante, al aire; y abundosa,
Pelos me prodigó Naturaleza,